



## Hans Harms

Doctor en filosofia per la  
Universitat de Witten  
Herdecke (Alemanya) i  
licenciat en ciències socials



Hans Harms

## Otra sociedad no sólo es posible sino necesaria

No son pocas las voces de pensadores de nuestro momento que abogan por una salida de la crisis encarando nuevos enfoques de la compleja relación entre trabajo, crecimiento económico y calidad de vida. Leonard Boff en su artículo "La transición del viejo al nuevo paradigma", afirma que: "Damos por ya realizada la demolición del sistema de consumo y de producción capitalista junto con la cultura materialista que lo acompaña. O lo superamos históricamente o pondrá en gran riesgo la especie humana".

Pero lamentablemente la demolición de los sistemas de pensamiento es una cuestión lenta y penosa por la necesidad de cuestionar muchos de los supuestos que hasta el momento constituyen los pilares de la organización social y de los mecanismos mentales que relacionan las cuestiones que entran en crisis. Lo que llama la atención es que este mensaje no haya recalado en ninguna propuesta política que replantee con rigor el nuevo escenario social a construir tras la crisis. Seguramente los plazos de este cambio superen las expectativas de posicionamiento de los partidos y por otra parte es un cambio doloroso si no se cuenta con un liderazgo fuerte y una educación social hacia otros modos de valorar los aspectos fundamentales de la vida social.

Aunque los diferentes agentes son incapaces de ponerse de acuerdo en nada, ante la pregunta de ¿Cómo salir de la crisis?, la respuesta es unánime; "Volver lo antes posible a la senda del crecimiento económico y la creación del empleo". Es decir, volver lo antes posible al paradigma anterior, obviando las razones que nos han llevado a la situación actual. Se cierra así la posibilidad de debate sobre los principios y modos de organizar el trabajo escaso, el escenario ya superado del pleno empleo, el sentido del crecimiento económico desde una cuotas de rentas que satisfacen necesidades más que básicas. Se cita al consumo como el activo fundamental para traccionar de la crisis, cuando fue precisamente este factor ficticiamente sostenido el que llevó a una creación de deudas sin un valor que genere riqueza real. En definitiva se huye a toda costa de cuestionar los principios del sistema de consumo y de la producción capitalista, que define ya como agotados Leonard Boff.

Cerrazón cada vez más incomprensible, la de que para mantener el bienestar conseguido hay que seguir produciendo. Planteamiento que se eleva a la categoría de dogma, para



Donostia Igeldotik

defender que en el crecimiento sostenido está la clave del estado de bienestar. Propuesta errónea si consideramos que en un sistema limitado –el planeta Tierra- un crecimiento ilimitado es imposible. Más crecimiento, no solamente no es posible, sino que no es deseable para la subsistencia de la humanidad.

Meinhard Miegel, reconocido sociólogo alemán, colaborador durante décadas con Kurt Biedenkopf (secretario general de la CDU y posterior primer ministro de Sajonia), ha publicado un libro bajo el título: “Bienestar sin crecimiento.” De forma muy detallada explica que en unas sociedades como las nuestras con todo tipo de productos, unas capacidades totalmente sobredimensionadas de producción y una demanda decreciente, por motivos del cambio demográfico y el correspondiente envejecimiento de la población no va a producirse un crecimiento. Detallando las consecuencias medioambientales sobre nuestro planeta (agua, aire, tierra, etc.), concluye lo anteriormente dicho: más crecimiento no es posible ni deseable. Otro obstáculo al crecimiento es el colosal endeudamiento de los ciudadanos y las administraciones públicas. Pero su argumento más importante es que más crecimiento ya no tiene nada que ver con más bienestar si no más bien al contrario. En alusión a unas encuestas realizadas en diferentes países industrializados demuestra que una vez cubiertas las condiciones mínimas de una vida digna, una multiplicación del crecimiento económico no tiene incidencia en la sensación de bienestar de la población.

Los parámetros de un crecimiento en la calidad de vida, en la confianza con lo público y la creación de capital social, en los niveles de educación y cultura cívica, en la atención y cuidados de personas jóvenes y mayores, y en el reconocimiento social de las aportaciones de la investigación a la sociedad, no tiene

una relación directa con el crecimiento del PIB y sí con los criterios de asignación de recursos en la sociedad y sobre todo con una rebrote de nuevos valores sociales, basados en la cooperación, la sostenibilidad y la interdependencia.

Es más, llega a la conclusión de que ya no trabajamos para producir sino que producimos para trabajar, es decir, no necesitamos tantos productos y cada vez nos aportan menos a nuestro bienestar social. El problema es que nuestra organización social se sustenta en el trabajo y el sistema en el consumo. Ejemplificada en la política del plan "renove" o ahora Pive, es decir regalar dinero a los ciudadanos para desguazar sus coches que funcionan todavía para fomentar la compra de otros nuevos y en plena concordancia con el dogma del sistema: La economía tiene que crecer para que las personas puedan trabajar, sin que nadie pueda refutarlo, lo que explica la casi íntegra unanimidad de nuestros dirigentes políticos, sociales y económicos.

Pero la pregunta de Miegel para nuestro debate es la siguiente: ¿Puede y debe el trabajo convertirse desde un medio a un fin absoluto, perseguido por sí mismo?, ¿debemos trabajar por el trabajo?, ¿debemos incluso ignorar las consecuencias negativas del crecimiento y del consumo, en la medida que se mantiene o se cree empleo?

Para Miegel, el crecimiento se ha convertido en la religión de nuestra época y como tal no necesita de una argumentación racional y concluye que parece una rareza de la psicología humana de ignorar la temporalidad y las limitaciones de tendencias, sobre todo cuando éstas transcurren de forma exponencial

Esta crisis es diferente a cualquier anterior porque significa el comienzo del fin definitivo de este modelo de sociedad o por lo menos como lo hemos entendido hasta ahora; la sociedad del trabajo. Durante algunas generaciones, este modelo ha funcionado correctamente; ha sido útil y nos ha permitido alcanzar un nivel de bienestar social alto en los denominados países desarrollados. Otros países emergentes están en esta senda de crecimiento desde situaciones de menos nivel de vida. Pero la cuestión es que a partir de un determinado nivel de desarrollo el punto de inflexión del crecimiento dibuja una línea horizontal o decreciente, abriéndose paso otros indicadores sociales de carácter menos cuantitativos y más cualitativos.

Pero este modelo está agotado y no da más de sí. Sirvió pero es insuficiente y erróneo para encarar el futuro: no vale la sobreproducción y el consumo creciente, porque estamos poniendo en claro riesgo la supervivencia del planeta, hipotecando el futuro de las próximas generaciones –un endeudamiento colectivo- en definitiva un riesgo de colapso social inminente.



Ola rompe el puente del Kursaal

Queremos aferrarnos a este modelo de sociedad porque es el que conocemos; nos falta imaginación y creatividad para cambiarlo. En palabras de Albert Einstein: "No se pueden resolver los problemas usando el mismo tipo de pensamiento que usamos cuando los creamos."

¿Qué tiene de malo crear la misma riqueza o incluso aumentarla, trabajando menos gracias a las nuevas tecnologías? Pero la consecuencia es que en una sociedad de la abundancia excluimos cada vez más grupos sociales, marginándolos porque ya no se necesita su mano de obra. Y lo que es más grave es que esto afecta en gran medida a la generación de jóvenes que se quedan fuera del mercado laboral, un 57% de la población joven en condiciones de trabajo, por consiguiente excluidos del derecho de desarrollarse como persona; sin derecho a la vivienda, al trabajo, etc., un ciudadano dependiente de sus progenitores y después del estado del bienestar.

El trabajo ya no es como antaño la solución y la respuesta a nuestros problemas sociales y económicos. Sino que la dependencia del trabajo como único mecanismo de la organización social en nuestras sociedades (países desarrollados), se ha convertido en su mayor causa. Deben abrirse nuevas vías a la participación en el trabajo social, a nuevos mecanismos de socialización y trueque de servicios, a la economía de los recursos compartidos, y a un tránsito inteligente de una economía del hacer -trabajo productivo-, a una economía del saber -trabajo intelectual- para llegar a una economía del cuidar – trabajo con personas.

Es necesario iniciar un debate público sobre estas cuestiones antes de que las medidas a tomar sean traumáticas y las consecuencias irreversibles. No es un enfoque pesimista, derrotista o negativo sino una evidencia que llevamos treinta

años eludiendo. El lema del futuro podría ser: trabajar menos, consumir menos, producir menos pero mejor y cuidar más para vivir mejor.

Lo único que está claro es: el modelo de crecimiento actual es inviable y cuanto antes asumamos este hecho y nos dediquemos, entre todos a buscar soluciones y compromisos con el día a día, antes superaremos esta crisis y dejaremos una sociedad mas inteligente, mejor y más justa a nuestros hijos y nietos.

Dado que nuestros dirigentes están absolutamente alejados de estos razonamientos y siguen aferrándose al paradigma anterior, al pensamiento único y defienden el crecimiento como única vía para salir del atolladero, creo que ha llegado el momento de plantear esta cuestión, exponiéndola a un debate público.

Adela Cortina, en un reciente artículo en El País, escribe que tenemos que superar la idea trasnochada que el poder político se ocupa de los intereses universales, mientras que la sociedad civil se refugia en sus egoísmos particulares ... y por ello ha llegado el momento que la sociedad civil ejerza la responsabilidad que le corresponde.

El título de estas jornadas hace referencia al talento humano pero mucho me temo que nuestra generación entrará en los anales de la historia como "la época de la estupidez".

Para evitarlo propongo que iniciemos de una vez el debate mencionado. Y ¿porque no convertir la supuesta desventaja de Andorra, de ser "un país petit" en una ventaja, aprovechándolo como laboratorio de tecnología social, para buscar soluciones a los grandes problemas que afectan a todas las sociedades?